

ENSAYO EN HUMANIDADES CONTEMPORÁNEAS

TÍTULO:

REFLEXIONES SOBRE RIQUEZA,
FELICIDAD Y MEMORIA:
HACIA UNA NUEVA
CONCIENCIA DEL PROGRESO

AUTOR

RODRIGO IGNACIO MEZA LÓPEZ
MERIADOX

“El verdadero progreso social no consiste en aumentar las necesidades, sino en reducirlas voluntariamente; pero para eso hace falta ser humildes.”

Mahatma Gandhi

Deseo comenzar mis reflexiones con una frase de Max Weber, extraída de sus “Teorías de las Ciencias Sociales”, con la cual concluí un ensayo sobre ciudadanía joven el año 1997 (Concurso Nacional de Ensayos, Fundación Ideas, INJUV). Entonces tenía 16 años y pensaba que muchos de los cambios que el país necesitaba deberían partir por replantearse las prioridades u objetivos de país, un tema de virtud política que pone el énfasis en lo realmente importante, desde mi punto de vista claro está: la educación. En ese entonces creía que el Estado debía controlar los contenidos y que era su deber apretarse el cinturón para potenciar las medidas en educación que nos permitirían una sociedad más equitativa y libre pensante. Dicha frase dice: “el juicio que emito sobre las decisiones que toma el gobierno acerca de sus prioridades es sólo un asunto de fe, una tarea de reflexión, es mi manera de interpretar el sentido de la vida y del mundo”. Me gusta mucho esta frase, porque la aplico no sólo al gobierno, sino a todo, como una forma de alejar la soberbia de mí y mostrar mis ideas en forma simple y sin grandes pretensiones.

En ese entonces criticaba el centralismo, elevaba la importancia de la historia para evitar caer en los mismos errores y ponía el acento en la necesidad de establecer prioridades en base a un proyecto de país. Había en mí mucha utopía, mucha fe en el espíritu humano, pues no entendía que la educación no es capaz de enriquecer el alma de las personas, ni es su función. Para mí, en ese entonces, el conocimiento era primordial y el estado debía ser quien controlara transversalmente lo que aprendíamos, pues sólo de esa forma existiría igualdad de oportunidades, se eliminarían los prejuicios y se acabarían los problemas de la sociedad. En otras palabras, instigaba la revolución ilustrada que nos permitiría vivir en la sociedad perfecta, homogénea en cierto aspecto (es por lo que utilizo el término “ilustrada”), donde cada persona trabajaría en lo que sus capacidades le permitirían y nadie sería segregado por su origen socio-económico.

Aunque hoy continúa en mí la inquietud por la historia y mi crítica al centralismo, he cambiado profundamente mi camino para buscar la salida a una problemática ya no nacional, sino mundial. He dejado de lado mi excesivo patriotismo a cambio de un deseo de progreso humano, de mundo. Quizás mi utopía es mayor hoy en día, porque creo firmemente que un futuro como especie es posible únicamente si dejamos de lado las fronteras, si terminamos con la segregación por etnia, creencia religiosa y política, edad, poder adquisitivo y apariencia física, entendiendo que debe existir un sistema de

agrupación que nos permita organizarnos, dada la gran diversidad de lenguas, ideas, creencias y la creciente población mundial que hace cada vez más difícil llegar a consensos. Con esto no pretendo decir que espero una especie humana homogénea, una sola cultura, una sola visión de mundo, pues parto de la premisa que la diversidad es la que nos da riqueza como especie y que es a partir del respeto a esta diversidad sobre la cual debemos continuar avanzando, pero de forma integrada, dialogante.

La razón por la que tomo como punto de partida ese viejo ensayo tiene que ver con las inquietudes que me han dominado desde que adquirí conciencia y que han guiado mi búsqueda en libros y conversaciones diversas. La inquietud básica que me domina habitualmente es comprender por qué el ser humano actúa como lo hace. Hay en mi un deseo de encontrar las raíces de la sociedad actual y ver en qué hemos errado, para así tratar de buscar los cambios allí donde hacen falta, lo cual representa una tarea para nada sencilla, especialmente si observamos el estado actual de las cosas, el status quo que domina hoy en día a todos los medios de comunicación, a los gobiernos, a las llamadas sociedades desarrolladas y a la persona promedio que cualquiera se puede topar en la calle y que uno mismo representa.

Un primer paso para intentar comprender lo anterior parte por cuestionar aquello que parece obvio, aquello que damos por sentado y que forma parte del día a día, aquello cuya estructura o esencia presenta conflictos morales o de tipo racional. Algo así realiza Friedrich Geor Jünger en su libro "Perfección y Fracaso de la Técnica". Uno de los aspectos que más llamó mi atención de dicho libro fue su simple pero certero análisis de la riqueza. Es una palabra bastante utilizada, empleada tanto por personas comunes como por gobiernos y su significado más común es habitualmente el mismo: bienes materiales.

Resulta bastante habitual escuchar a las autoridades señalar que tal obra implica desarrollo para el país y que todos nos beneficiamos con ello. Por ejemplo, un representante del metro dijo en una entrevista que la nueva línea 4 del Metro santiaguino permite o abre el camino a una mejor calidad de vida, pues las personas ahorran tiempo al trasladarse a sus trabajos y así aprovechan ese tiempo para estar con sus familias. Aquí existe una muestra clara de cómo damos por hecho algo que no es necesariamente cierto, porque suponemos que al tener más tiempo lo usaremos para

mejorar nuestras relaciones, lo que redundará en familias más unidas y una sociedad más estable, feliz y satisfecha. El dinero, invertido en un progreso técnico de transporte, nos hará mejores personas. A simple vista, dicha afirmación es innegable, pues quien no querría pasar más tiempo con su familia, pero los resultados del progreso hasta ahora deberían haber dado, al menos, una muestra de que esa meta se está alcanzando, es decir, personas más felices, familias más unidas y estables, etcétera, sin embargo, tal cosa no ha ocurrido. Alguien puede decir que miento, porque hoy la gente no se muere por las enfermedades de antaño y las comodidades de un televisor o un refrigerador han alcanzado a casi el 100% de la población, empleando el caso chileno como ejemplo. También hemos logrado una cobertura de agua potable y alcantarillado a niveles que son equiparables a países desarrollados. Pero todo eso, ¿es la evidencia de que somos más felices? ¿Los avances tecnológicos nos han permitido estar más tiempo con nuestras familias o tener una sensación de mayor satisfacción? La danesa Helle Heckmann, experta en educación preescolar señala, en una entrevista a la revista Mujer, del diario La Tercera, que en Chile aún se pueden evitar los daños que el mal llamado desarrollo produjo en los niños europeos y estadounidenses, donde los padres ausentes por el trabajo, sumado a un sistema educacional que segrega por edad, ha producido personas altamente ególatras, con dificultad para conectarse con las necesidades del otro. Una frase bastante imponente de esta danesa sobre Chile y lo que le seduce de este país: “los chilenos todavía miran a los ojos, y se conectan con el otro”. Es verdad que debemos estar orgullosos de nuestros logros, pero estamos ignorando aquello que nos hace personas, aquella empatía que todavía es típica en regiones, donde las personas miran a la cara con una naturalidad que al capitalino le es extraño e incluso molesto.

Se nos olvida habitualmente que el llamado progreso fuerza la expansión de las ciudades, introduciendo externalidades negativas, como el aumento de los tiempos de viaje, el encarecimiento de la vida y la segregación efectiva de la sociedad por estratos o clases sociales, lo cual implica mayores gastos en el ítem administrativo de los gobiernos, mayor burocracia, mayor aislamiento de los núcleos fundamentales de la sociedad, es decir, la familia agrupada en hogares, dificultando la articulación de una ciudadanía activa en pro de sus intereses comunales, como es un desarrollo urbano sustentable y amigable hacia la familia. En la actualidad, por ejemplo, la comuna de Ñuñoa se ha organizado para reunir firmas y forzar un plebiscito que regule la indiscriminada construcción en altura que aqueja a dicha comuna y que atenta contra lo

que ellos estiman, el desarrollo de un entorno adecuado para vivir y criar familia. Este tipo de iniciativas son escasas o poco publicitadas y reflejan el creciente interés de un país que lucha por contar con mayor participación, mayor ingerencia en aquellas decisiones que afectan a su comunidad y que difícilmente son recogidas por el gobierno comunal. Por otra parte, es común ver cómo los municipios toman medidas unilaterales, pensando en el bien de su comuna. Por ejemplo, la decisión de Las Condes de cerrar algunas calles debido al comercio sexual que allí se produce o a la decisión de Vitacura de cerrar las botillerías más temprano. La participación ciudadana es forzada a actuar a posteriori, sin que sus intereses sean tomados en cuenta en primer lugar.

Tal como se plantea hoy en día, una sociedad desarrollada debería tener más poder adquisitivo, acceder a más comodidades que harán la vida mucho más llevadera. Poseer cosas es sinónimo de estatus, es un objetivo en sí mismo. Esa es la riqueza que se anhela, pues se ha trastocado el objetivo de la técnica, quien persigue únicamente hacer más eficientemente una labor o un proceso, como es el transporte. Quien piense que esta eficiencia permitirá al hombre tener más tiempo libre está añadiendo objetivos que la técnica no tiene, pues su único objetivo es hacer más eficiente algún proceso allí donde hay escasez o, como diría Jünger, distribuir la escasez. En la cultura de consumo y de lo desechable que impera hoy, el tiempo extra es empleado para continuar en la búsqueda de la riqueza material o satisfacer las aspiraciones personales en una sociedad cada vez más individualista y consumista. ¿Por qué se ha llegado a pensar de esta forma? Hemos olvidado que la riqueza es más que *tener*, despreciamos la importancia de *ser*, porque la riqueza de *ser* no puede ser comprada, es de difícil acceso y no todos pueden alcanzarla.

Se ha reforzado la idea de que *tener* es lo primordial, por lo tanto nuestro ritmo de vida se acelera para poder competir, ser más eficientes, más productivos. Es una forma de vida que se auto sustenta, pero que debe correr constantemente para no derrumbarse, pues si dejamos de crecer, de innovar y mejorar nuestros procesos, entonces viene la debacle económica de un país y eso trae desempleo, disminución del flujo monetario que permite al gobierno sustentar su programa social, mayores presiones para permanecer en los puestos de trabajo, mayor angustia. Es una vida que gira desesperadamente en torno a la necesidad de *tener*, pues así como están las cosas, quien no posee bienes materiales difícilmente podrá comer adecuadamente o acceder a salud y

educación de calidad y digna. Es lógico entonces que todo continúe así, como hasta ahora.

La riqueza será de unos pocos, pues la concentración es parte de nuestro sistema económico. Pero aquel que logre cuestionar el estado de las cosas se dará cuenta que no necesariamente debe aspirar a *tener* para alcanzar un estado de plenitud, de felicidad, aún cuando se deba trabajar duro para lograr ciertos bienes mínimos, para aspirar a una vida digna, que es lo más importante. Y existen diversas formas de comprender esto, pues en nuestra propia experiencia hay ejemplos de sobra.

La felicidad de un niño que ve llegar del trabajo a sus padres no ha sido producto de la mayor eficiencia de estos, que pudieron salir más temprano, tampoco a sido producto del sueldo que ganan, ni del tamaño de la casa o del lujoso auto que está estacionado afuera. La felicidad simple y espontánea del niño ocurre por la simple visión repentina de dos seres que ama, así de simple. Cualquier otro argumento son justificaciones que el niño no entiende y que no necesita para sentir felicidad. Reiteradamente tendemos a ver la felicidad de otros desde nuestros zapatos, dándole nuestras ideas y justificaciones como lo valedero o importante. Tal vez no entienda ahora que es niño, pensarán, pero con los años lo hará. ¿Cuál es la verdadera raíz de la felicidad que el niño siente? ¿Serviría de algo llegar más temprano si el niño no amara a sus padres?

Cuando una pareja se encuentra y descubre su amor, no es gracias a la educación que recibieron ni al valor de la cuenta en el bar, ni siquiera es gracias al costo de la ropa que llevan puesta, pues un amor interesado en el *tener* del otro y no en el *ser*, no es sincero. En nuestra cultura se estima casi imposible que personas de estratos socio-económicos distintos puedan establecerse como una familia sólida y duradera, razón por la cual se tiende a responsabilizar a nuestro origen por las personas que nos rodean. Sin duda somos producto de nuestro entorno, pues hemos perpetuado costumbres y modos de vida que son únicamente culturales, pero hay que recordar que existe una parte intrínseca a cada persona y que también la determina en su forma de ser y de pensar.

Se tiende a correlacionar erróneamente una holgura económica con una vida más tranquila y feliz, como si el *tener* fuese la fuente de esa tranquilidad. Incluso en los ejemplos señalados se puede cambiar el sentido y atribuir a un buen pasar la posibilidad

de salir temprano del trabajo, pero se olvida que es la riqueza del *ser* la que permite el disfrute de las relaciones, ya sea entre padres e hijos o en una pareja. Un trabajo bien remunerado no permite suplir carencias afectivas, aliviar angustias ni disminuir el estrés de un consumo que siempre es correlativo al ingreso, por lo que, aunque el acceso a bienes es superior, las obligaciones de pago son igualmente apremiantes que para una persona con menores ingresos.

Hay muchos ejemplos, tan básicos como los que acabo de señalar. Sin embargo, estoy enfrentando un tema complejo con ejemplos llenos de subjetividad. El mundo ha alcanzado un desarrollo tecnológico que promete grandes revoluciones futuras, por ejemplo, en el campo de la salud por medio del tratamiento genético o en el campo de la robótica y la inteligencia artificial. Las ideas que expreso podrían ser interpretadas como una forma de desincentivar el progreso y privar a la humanidad de las maravillas futuras que nos permitirán vivir más años y con mayor calidad, sin enfermedades y con aparatos que harán todo por nosotros. Es evidente que continuamos confiando al desarrollo tecnológico nuestra felicidad futura.

No se puede cuestionar el miedo de las personas a la muerte y al sufrimiento, por lo tanto, sería iluso de mi parte no desear el avance de la ciencia médica. Yo mismo he deseado no perder tiempo en quehaceres que una máquina podría hacer por mí en el futuro, por consiguiente, sería una falacia si negara mi deseo de tales progresos. Por lo tanto, no es mi intención revolucionar al mundo ni derribar el sistema existente, pues soy parte de él y comprendo que el mundo que anhelo es sólo un deseo, una idea, lejos de cualquier posibilidad real, al menos así como están las cosas. Al ser mentalmente corto placista, el ser humano intenta quebrar, romper abruptamente con una situación agobiante que puede haberse acumulando durante un cierto número de años. Por ejemplo, aquellas luchas ideológicas de los años 60 en Chile que, finalmente, produjeron grandes peleas, divisiones, muertes y mucho dolor. Otras empresas contemporáneas, como el ecologismo, exacerbado por los vaticinios apocalípticos del calentamiento global, son igualmente una falacia, pues parten del precepto de que el ser humano es un ente insertado e independiente del ecosistema global, lo cual no tiene sentido: somos el resultado de la evolución de la vida en este planeta, somos un ser vivo más que interviene su medio para sobrevivir. Además de corto placista, el ser humano tiende a polarizar posiciones, a sectorizar de manera muy fácil, le cuesta matizar. Por

ejemplo, a partir de lo que señalé anteriormente sobre el ecologismo, se tendería a pensar que eso resulta incompatible con que yo desee una vida más armónica con el medio ambiente. Es por el hecho de pensar y ser conciente que me siento con un mayor grado de responsabilidad sobre lo que mis acciones causan sobre mi entorno. Podemos y debemos cuestionar moralmente nuestras acciones, aunque sea finalmente el criterio económico o la presión social lo que desencadene los mayores cambios, para bien o para mal.

Volviendo al tema central, mi objetivo no es plantear un cambio del modelo de desarrollo, pues no tengo las herramientas ni la intención de realizar semejante tarea. Únicamente espero despertar la idea de que la riqueza a la que aspiramos, en búsqueda de la felicidad, no es la adecuada. *Tener* sólo nos permitirá establecer las bases para funcionar dentro del sistema en el que hemos nacido y en cual se desarrollan aquellos seres que componen nuestra familia y amistades, aquellos a quienes amamos. Quienes desean cambios en el modo de vida actual se confrontan con una labor titánica que continúa planteando al sistema económico como centro del paradigma de la felicidad, cuando en realidad no lo es.

Uno de los desafíos que enfrenta el hombre, hoy en día, es el acceso a las mismas oportunidades, sin importar el país, el color de la piel o la religión a la que pertenezca la persona. Los derechos humanos han dejado de ser solamente aquellos que establecen el derecho a la vida, encontrándonos hoy con el anhelo por un medio ambiente libre de contaminación, un espacio para desarrollar las potencialidades que cada persona posee y una creciente demanda por mayor igualdad y respeto.

La globalización ha permitido que el sistema económico capitalista neoliberal trascienda las fronteras de su origen, generando problemas de distribución en todo el mundo que son inherentes a dicho sistema, impulsando la migración de grandes masas de personas desde Europa del Este, África, Asia, América del Sur y Central. En estos casos no hay una búsqueda por mayores lujos, por mayores comodidades, sino simplemente una intuición, la idea de que en los países desarrollados europeos o anglosajones podrán tener más oportunidades para ellos y sus hijos. Es inevitable que finalmente se tienda a confundir a los mayores ingresos con la igualdad de oportunidades, pues existe una relación directa entre dinero y poder, el poder de acceder a aquello que deseamos.

La idea de una aventura por mayores oportunidades tiene su origen, irónicamente, en la misma globalización y su efecto sobre las comunicaciones y la información. Hoy es muy simple saber qué ocurre en otros países y comparar su situación con la propia. La naturaleza del hombre, que anhela lo mismo que el del lado, es sólo el vehículo a través de las carreteras que esta época a trazado. Se parte buscando más oportunidades, más dignidad, menor discriminación y el status quo termina enfrentando a los aventureros a la obligación de ganar dinero para obtener algo que, por derecho propio, deberían tener. Esta lucha por sus derechos termina entrelazándose con su cotidianidad y con su sensación de felicidad, reafirmando por los mensajes de la publicidad y los medios de comunicación que, inevitablemente, terminan siendo un referente para una gran masa de personas sencillas, que no buscan las respuestas a sus inquietudes internas en forma activa, pues apenas saben si lograrán entrar al país hacia el que escapan o si serán deportados o maltratados. Cómo buscar, cómo cuestionarse constantemente cuando se pasa hambre y frío, cuando se desea sobrevivir. Y lo anterior bien puede aplicarse a las clases más desposeídas, aquellos oprimidos, sobre los cuales se levanta la industria y el progreso, tanto en los países desarrollados como en los tercer mundistas.

Nuevamente se puede malinterpretar lo anterior, suponiendo que se critica al sistema económico por las penas y amarguras de la humanidad, pero en realidad se intenta poner en evidencia cómo el hombre busca, inevitablemente y debido a su naturaleza, ciertos derechos. Estos no hacen la felicidad, pero son los requisitos mínimos sobre los cuales cualquier persona debería construir un *ser* rico, sin embargo, las circunstancias y la falta de cuestionamientos incitan, confunden y tuercen la búsqueda de la felicidad. Primero uno se ve obligado a obtener riqueza, a *tener*, pues sólo así se pueden ejercer los derechos, tener dignidad. Este sin sentido es, en parte, la causa por la cual se confunde y se mal entiende la manera de alcanzar la vida plena.

El hombre debe luchar por sus derechos, sin duda alguna lo digo, pues la dignidad e igualdad de oportunidades es parte de la naturaleza del ser humano, sin embargo, esta lucha es de carácter colectivo y no es conducente a la realización personal e individual de las personas. Hoy se tiende a creer que existen “formas” de ser feliz, un medio colectivo llamado “poder adquisitivo” que, al permitir un mayor acceso a bienes, es sinónimo de una mayor capacidad de realización personal, lo cual implica que se da por sentado la capacidad generalizada de autoconocimiento, de reflexión y conciencia sobre

las propias fortalezas y debilidades. Es decir, si usted tiene dinero, nada más importa, porque con el dinero usted tendrá todo lo que anhela, porque sus deseos son importantes, son trascendentales, son la forma correcta de ser feliz, así que use su tarjeta de crédito y acumule millas, viaje al extranjero, cambie el auto, no se quede abajo del progreso tecnológico y tenga el último modelo de celular. Es un mensaje frío y constante el que recibimos cada vez que encendemos el televisor o que caminamos frente a los escaparates de las tiendas.

Otra muestra de la cultura que impera hoy en día son las relaciones internacionales entre los países, donde son la máscara, el protocolo y las “formas” las que establecen los puentes entre las naciones. Estos organismos ordenan al mundo en base a estas relaciones, señalando qué conductas son aprobadas y cuáles rechazadas, qué merece ser salvado y qué debe dejarse al curso natural de las cosas, en una especie de ética mundial que tiene una poderosa fibra de cinismo y de inconsecuencia, de mirada corto placista sustentada por la breve duración del cargo que lleva en sí la representación de una nación determinada. Se habla de intereses comunes y deseos de buena voluntad, se crean entidades que aglutinan ideas y recursos, pero su asentamiento sigue siendo insustancial, pues las relaciones internacionales permanecen en un estado de inmadurez y de falta de transparencia que no parecen preocupar a nadie, pues se sigue avalando la treta y habilidad política para conseguir más poder, más recursos, más influencia. Es evidente que, salvo una mente siniestra, las voluntades son de mejorar las cosas, pero el egoísmo se exagera en forma misteriosa a macroescala, pues ya no está el rostro de una persona detrás de las decisiones de bloqueos económicos o de bombardeos o de ayuda humanitaria, sino que son sólo banderas, aliados, enemigos, riesgos económicos o posibles ganancias las que impulsan el uso del poder adquirido, para que el país distinguido con altas responsabilidades siga creciendo y la percepción de su pueblo sea más elevada con respecto a sí mismo y así se autosatisfaga de su piedad y misericordia y así la coalición en el poder sea reelegida y se conserven los puestos y los sueldos y el modo de vida holgado. Es una cadena de egoísmos, fundamentada en la confusión, debido a la buena voluntad de un electorado que es adiestrado a votar por aquello que engrandece a su nación, que la mantiene o eleva de status. No hay mayor orgullo que saberse perteneciente a un conjunto ganador, sentirse especial por nacer en una tierra que tenga tradición e influencia, renombre, poder. Porque, a pesar de la globalización, el sentimiento nacionalista es fuerte aún en la mayoría de los países e incluso es

acrecentado debido a la llegada de inmigrantes, al bombardeo comunicacional que nos invade con una cultura extranjera que no deseamos, pero que adquirimos hace tiempo. Esto también es explotado por los políticos que buscan dirigir a su país.

El ejemplo anterior me permite mostrar de qué manera las falencias propias del ser humano, como es el egoísmo en este caso, trascienden a nuestras organizaciones sociales. Éstas, que surgen de grandes ideas y bellas voluntades, son fácilmente permeadas por el carácter imperfecto del hombre, de manera mucho más rápida y sencilla que por los valores superiores de amor al prójimo. Domina una sinergia negativa de la naturaleza humana en las instituciones que éste crea. Reflejan nuestra incapacidad para cuestionarnos, para reformularnos, para combatir la inercia constante que nos arrecia. Y esto ya no solamente a nivel macro, sino también a nivel micro, de individuo. Pues aquello que observamos, eso que resulta indignante por televisión nos es ajeno, es de otros, porque lo que sucede afuera no tiene nada que ver conmigo y mi familia. Se tiende a separar aquello que está íntimamente ligado, se desprecia la propia responsabilidad en el curso natural de las cosas porque se piensa que sólo aquel con poder e influencia puede hacer la diferencia. Y quienes buscan hacer la diferencia primero acumulan, quieren *tener* para luego hacer. Es en este camino donde la mayoría pierde el rumbo y confunde los medios para lograr sus aspiraciones. ¿Por qué habría de ser distinto para una persona que para un país? Me refiero al medio para ser pleno y feliz. El primer paso natural debería darse en la dirección del *ser* y no del *tener*, pues la mayor riqueza de un país no está en sus recursos, sino en sus personas, lo cual se puede extrapolar al mundo, como un sólo ente válido o interpolar a un individuo, con toda la riqueza que éste puede poseer en su interior.

La temática de la riqueza, en toda su amplitud y alcances, especialmente en el modernismo condescendiente de sus logros, está íntimamente ligada al progreso técnico que el hombre ha desarrollado en los últimos siglos. Porque lo que llamamos riqueza hoy no es lo mismo que hace 500 años atrás en América, antes de la conquista del continente por parte de las potencias europeas.

La visión ilustrada de una civilización superior que progresa, con una elevada ética y moral, casi divina, que poseían los conquistadores europeos que llegaron a América, Asia y África, suponía que una sola cultura universal era lo deseable, pues los principios

que propugnaban eran de lo más elevado y en base a eso se clasificó a las culturas en más adelantadas y más atrasadas. Sin embargo, esto traía consigo la aplanadora, la homogeneización, la intolerancia hacia lo que denominaban barbarie. Los pueblos nativos eran bárbaros que no conocían a Dios, que eran incivilizados, lo cual convertía la empresa conquistadora en algo bueno, incluso necesario y divino.

El progreso de las embarcaciones y las técnicas de navegación permitieron, entonces, el primer paso de una homogeneización de la visión de mundo de la humanidad. Los pueblos americanos masacrados se llevaron con ellos las diversas formas de comprender al hombre y su situación en el mundo. Todo fue cubierto por un velo de olvido sobre el cual, los europeos vencedores, escribieron las siguientes páginas de historia. Perdimos una gran riqueza (entendiendo dicho término en todas sus dimensiones), diferentes culturas, diferentes formas de cultivar el ser, en una labor evangelizadora que pretendió civilizar a los pueblos conquistados y enriquecer con oro, honor y especias a los denominados conquistadores. Es indudable que la historia posterior del continente ha sido escrita por los vencedores, ya no sólo los conquistadores europeos, sino por las clases criollas dominantes que lograron, al final, la independencia económica y política.

La técnica continuó avanzando, siendo la siguiente gran revolución, para efectos de este ensayo, la de las comunicaciones. La radio y televisión durante gran parte del siglo XX fue el gran vector movilizador de una cultura occidental que se vanagloriaba de los progresos técnicos, que difundió la idea de un mundo mejor gracias a los nuevos inventos, los nuevos aparatos que ayudarían a la dueña de casa a tener más tiempo, que facilitarían el trabajo del hombre. Por ejemplo, durante la guerra fría, los medios de comunicación fueron sistemáticamente empleados para hacer propaganda sobre un estilo de vida, sobre “el mejor” modo de vivir, siendo “el estilo de vida americano” el más difundido y con mayor alcance hoy en día.

Al leer a Ray Bradbury, perteneciente al gran imperio económico del siglo XX, es fácil percatarse de los peligros que ya en esa época vislumbraban algunos acerca de la excesiva confianza en la técnica y la despreocupación casi total por los valores, la “humanidad”. Por ejemplo, en su libro “Fahrenheit 451” se dibuja un futuro donde está prohibido leer, porque esto te hace pensar y te llena de angustia, hace que las personas busquen ser distintas cuando deben ser todos iguales para ser felices. Otro libro del

mismo autor y uno de mis favoritos, “Crónicas Marcianas”, muestra mediante una serie de cuentos a un mundo que, a pesar de la tecnología, no logra ningún “progreso” para el hombre. El racismo, la codicia y la ambición son los ingredientes de una visión futurista que bajo ninguna circunstancia es mejor o más prometedora, pues la tecnología pasa a ser parte del escenario, no tiene un rol central que implique bienestar o la salvación de la humanidad, que finalmente termina autodestruyéndose gracias a las bombas nucleares que ella misma fabricó y destruyendo a una hermosa y pacífica civilización marciana en su afán colonizador. Estas obras surgieron en la década del 50, en plena guerra fría, cuando los medios de comunicación intentaban transmitir un mensaje de confianza hacia el progreso tecnológico, pues este era sinónimo de poderío, de “razón” política. Es el peligro de la homogeneización de la cultura, que se vislumbra tempranamente y en la que los medios de comunicación hacen las veces de colonizadores.

Internet ha aumentado el flujo de información y rapidez de transmisión, acortando las distancias, haciendo de este mundo un lugar mucho más pequeño, con menos grados de libertad para cuestionar nuestro modo de vida, aquello que damos por sentado. No es difícil entender la razón de que una sola cultura o visión de mundo, con respecto a la felicidad, trascienda fronteras y llegue a todo el mundo, apoyada por mensajes que reafirman el *tener* como la manera de ser mejores y más felices. Pueden existir diversos matices, donde dicha cultura se mezcla con aquellas colonizadas, pero al final nos encontramos con la búsqueda del progreso material como principal motor de las políticas que rigen a las naciones.

Una interpretación materialista del mundo y de la historia nace, curiosamente, de Marx, quien formula la siguiente tesis: “No es la conciencia del hombre lo que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia”. Esta mirada intenta contraponerse a la mirada idealista de la historia, donde son las ideas las que determinan los procesos históricos. Esta mirada ha sido defendida, entre otros, por el padre del positivismo, Augusto Comte.

Adicionalmente, nos encontramos con una fuerte base filosófica detrás capitalismo, nacida en el seno del calvinismo inglés, que cree en la predestinación y en la repartición de los bienes por una mano invisible que viene a ser como la Razón Absoluta de los

idealistas alemanes, tal como Hegel, quien también defiende la idea de un Idealismo Histórico.

En la historia nos encontramos con hechos como la revolución francesa, que partió con principios de libertad, igualdad y fraternidad, pero que terminó cambiando el poder de las manos de la aristocracia a las manos de una burguesía igualmente explotadora, que cometió gravísimos errores al invadir África, con un afán colonizador que despreció los ideales de la revolución, pues esta, al parecer, sólo tenía validez dentro del territorio francés. Por lo tanto, lograr entender los procesos históricos se volvió una tarea importantísima que el materialismo histórico resolvió espléndidamente, permitiendo que fuera el mismo hombre el responsable de crear su historia y no una fuerza misteriosa e inalcanzable. De esta forma eliminó el voluntarismo y el subjetivismo, señalando un camino para comprender la historia como un proceso sometido a leyes. El mismo Lenin señaló que la mencionada teoría materialista creaba “por primera vez la posibilidad de existencia de una sociología científica...”. Bajo esta mirada, se elimina la incertidumbre producida por la tergiversación de grandes luchas que terminaron en nada, a pesar de las voluntades que originalmente expresaron un deseo de cambio hacia un mundo mejor. Ahora todo podía ser explicado por modos de producción que involucran fuerzas productivas y sus relaciones económicas o de producción.

Según Otto Kuusinen, en su libro “Qué es Materialismo Histórico”, existe una contradicción entre estas fuerzas productivas y las relaciones económicas o de producción que se establecen entre estas fuerzas. Por una parte, la técnica y los hábitos de producción se perfeccionan, son un elemento altamente dinámico que produce la mutación constante de las fuerzas productivas, pero, por otra parte, la esencia de las relaciones económicas entre dichas fuerzas permanece casi inalterada.

Resulta inevitable que el modo de producción, conformado por las fuerzas productivas y las relaciones económicas, sea siempre transitorio en la historia. Una buena relación de producción o económica acelera el progreso de la técnica y, eventualmente, tanto progreso obligará un cambio de las relaciones de producción, pues estas no pueden mantener el paso al “progreso”, siendo estas relaciones un estorbo en el camino por “progresar” de las fuerzas productivas.

La lucha de clases (un grupo que posee los medios de producción y otra que debe vender su trabajo) se produce porque unos ven en las relaciones económicas actuales algo conveniente y otros ven su porvenir en nuevas relaciones. Según Kuusinen “Tarde o temprano este conflicto se resuelve por el camino de la supresión revolucionara de las viejas relaciones de producción...”.

Hasta aquí el modelo de comprensión histórica delineado por Marx permite establecer una dinámica de transformaciones sociales que permiten definir el régimen económico de la sociedad, el que constituye “la *base* sobre la cual surgen las más variadas relaciones sociales, ideas e instituciones”. Sobre esta base surge la *superestructura* de la sociedad, formada por las ideas sociales, instituciones y organizaciones. Esta teoría explica la manera en que el modo de producción determina la vida social, cómo se establece una fuerte relación entre las relaciones sociales económicas y todas las demás relaciones de una sociedad cualquiera.

Hay quienes pueden entender esta visión histórica como una “explicación concreta” de lo que ha sucedido o como un “modelo” que tan sólo intenta dilucidar lo sucedido y proyectarse para comprender lo que implicarán los actuales cambios sociales en el futuro. Cualquiera sea la manera en que se entienda el materialismo histórico, éste no ha sido capaz de explicar qué es lo que impulsa el progreso técnico. A mi modo de ver las cosas, la explicación de Kuusinen es insuficiente. Éste señala que al establecerse un modo de producción, ocurre una acumulación de experiencia, hábitos de trabajo y conocimientos acerca del mundo que nos rodea, lo que permite modernizar los instrumentos de trabajo y el modo de empleo de los mismos, inventar otros nuevos y perfeccionar de una manera o de otra el proceso de producción. Es decir, el “progreso” se produciría como un proceso natural de retroalimentación del sistema, el cual se renueva cada vez que las relaciones de producción quedan obsoletas e impiden el denominado “progreso” de las fuerzas productivas.

Según lo veo, esta forma de explicar el llamado “progreso” es muy fácil y deja de lado el concepto mismo que utiliza, al suponer como “progreso” únicamente lo que ocurre dentro de los procesos productivos y señalarlo como el resultado de la propia dinámica productiva. Esta visión histórica, a mi modo de ver, introduce algunos vicios de los que debemos hacernos cargo, pero antes deseo aclarar mi posición frente a esta visión

materialista, la cual contiene una lógica difícil de resistir, pero que, sin embargo, me obliga a mirarla únicamente como “modelo”.

Del libro "La Ideología Alemana", de Karl Marx, extraigo el siguiente texto: "... para vivir hace falta, ante todo comida, bebida, vivienda, ropa y alguna cosa más. **El primer hecho histórico es, por consiguiente, la producción de los medios indispensables para la satisfacción de las necesidades...**".

Según el materialismo, es el modo de producir, es decir, la actividad del hombre para proporcionarse los medios de subsistencia los que fijan un modo determinado de vida. Qué producen y cómo lo hacen delimitan el modo de vida de una sociedad. La historia es, por lo tanto, producto de cómo el hombre produce, pues esto crearía las relaciones sociales en las que nos desenvolvemos. Nuestro presente es resultado de nuestro pasado productivo.

Sin embargo, aunque soy producto de mi entorno, pues tengo sentidos que me conectan con este, porque el ser humano es un ser social por naturaleza, hay un componente que es intrínseco a mí, a cada persona. La ciencia puede llamar a este componente la herencia genética, la filosofía puede recurrir a la conciencia, a ese pensamiento superior que plantea el logicismo, incluso podemos recurrir a Husserl, fundador de la fenomenología (en el sentido moderno) y suponer una mezcla entre hechos y conciencia, entre la exterioridad que propugnan las ciencias del hombre (como el historicismo y psicologismo) y la interioridad en la que navega el filósofo, es decir, extrayendo una frase de Merleau-Ponty en su libro “La Fenomenología y las Ciencias del Hombre”, entender al hombre dentro de “las contingencias sin las cuales no hay situación y la certeza racional, sin la cual no hay saber”. No es posible estar conforme o considerar suficiente a una ciencia del hombre que toma sólo una parte de éste para explicar su desarrollo histórico, sus logros y sus caídas. Aún nos falta por avanzar para encontrar las respuestas a la problemática que nos aqueja. El materialista olvida al hombre mismo cuando intenta explicar su historia, su mal llamado progreso.

Coincido con el materialista en que la historia surge del hombre de carne y hueso que actúa desde su proceso de vida real, pero para Marx, en su libro "La Ideología Alemana" todo parece ser blanco o negro, pues agrega que "**es la vida la que**

determina la conciencia y no la conciencia la que determina la vida". Esto no lo comparto.

El vicio que logro vislumbrar a partir de la visión histórica del materialismo se arma y es finalmente sentenciado por la siguiente afirmación del libro "La Ideología Alemana" (notar el uso de "liberar"): **"... no se puede liberar a los hombres mientras no puedan asegurarse plenamente comida, bebida, vivienda y ropa de adecuada calidad y en suficiente cantidad. La "liberación" es un acto histórico y no mental...".** ¿A qué clase de liberación aspiramos? ¿Qué es "suficiente cantidad"?, porque no resulta trivial realizar sentencias de sustancia filosófica sin analizar sus alcances, sus implicancias. De alguna forma estamos atados a este mundo por nuestras necesidades físicas, pues estas nos señalan que estamos vivos, desde el punto de vista de nuestra conciencia. Por lo tanto, una liberación puede tener varios significados dependiendo del sentido que se le asigne a las ataduras. Por ejemplo, podemos liberarnos del dolor al satisfacer nuestras necesidades, pero adicionalmente deberemos terminar con el dolor ajeno, pues, al ser el hombre un ente social, no es independiente de lo que ocurre a su alrededor. Y terminar con el dolor de nuestro entorno puede significar: 1) aliviarlo o 2) ocultarlo.

¿Qué es lo que sucede? El ser humano, mentalmente, es corto placista, inmediatista. Será tal vez porque hace unos pocos miles de años que nos bajamos de los árboles, cuando la sobrevivencia estaba dada por procurar el alimento diario, pero ese egoísmo que se ha denunciado en el hombre es sólo consecuencia de este hecho, de esta evolución veloz de la conciencia. Y no sólo es un corto plazo temporal, sino también espacial, pues aquello que no vemos constantemente nos es ajeno, no nos alcanza, como en la película "La Playa", donde el dolor del prójimo es ocultado de la vista, alejado para no ser oído, para ser olvidado. Conciente o inconscientemente, tendemos a alejarnos de aquello que nos causa dolor, directamente o a través del dolor del otro. O ayudamos o nos alejamos llenos de impotencia para olvidar que eso existe, para seguir con nuestras vidas.

Si se suma a lo anterior nuestro concepto de progreso, tenemos el resultado que estamos observando actualmente, donde un país como Chile, con un pasado de violaciones a los derechos humanos es capaz de firmar un TLC con China, donde se violan sistemáticamente los derechos humanos, sin que ningún país, incluido Chile, sea capaz

de exigir cambios sin producir problemas internos de desempleo, sensación de inestabilidad o peligro de retroceso en la competitividad. Como no se ve el problema, es posible olvidarse de él en pos de un progreso económico que nos permita salir del subdesarrollo. Y esto es lo más importante, ¿el subdesarrollo está ligado a un desarrollo técnico y económico? Tal como se plantea hoy, efectivamente es así, por lo cual es inevitable que el camino continúe en dicho sentido.

Estudios científicos demuestran que las mujeres tienden a ser mucho más empáticas con el prójimo y sus necesidades, tienden a expresar más fácilmente y son más receptivas de su entorno, de los rostros, de los sentimientos. Sin embargo, dar vuelta el rostro y seguir de largo es algo que todos podemos hacer y que hemos hecho más de alguna vez en nuestra vida, porque somos incapaces de romper la cápsula de tiempo y espacio que nos rodea, resulta casi imposible detenernos en nuestra carrera por hacer y trabajar y llamar y buscar, pues el otro nos llama y nos pide suspender nuestro flujo en pos del suyo, en búsqueda de ayuda. El acto altruista y desinteresado es espontáneo y escaso en el ser humano, el cual siempre piensa en el beneficio o perjuicio que algo le produce. Es racional cuando un individuo a meditado y tomado conciencia de su entorno, de aquello que le molesta, como las injusticias, la miseria y el dolor del prójimo, pero esa toma de conciencia es de unos pocos y la acción directa es más escasa aún.

De esta forma, las sociedades han "progresado" y lo continúan haciendo sobre los hombros de los oprimidos, citando a Walter Benjamin, tal vez ya no sobre los de su propia nación, pues los medios de comunicación hacen que esta realidad sea demasiado patente, demasiado cercana, pero aún es posible aprovechar los paraísos fiscales y leyes laborales más "flexibles", estados de derecho más "adecuados", donde los derechos humanos sean sólo un eco. Tal vez existen normas internacionales para producir más limpio, para comer alimentos no manipulados genéticamente, pero ¿dónde está la exigencia por los derechos básicos del hombre? Sin la opresión en otras latitudes, las grandes firmas internacionales no podrían competir, pues instalan sus industrias en dichos "paraísos" y reducen considerablemente sus costos, aumentando las ganancias, "creciendo" y "progresando". Se satisfacen las necesidades materiales de la nación, sin duda, pero a qué costo es algo que no se plantea, porque resulta indigno siquiera tratar de dar una explicación.

La visión materialista de la historia nos pone en riesgo porque sustenta la ambición de progreso (técnico y económico) como el motor de nuestra existencia y deja de lado nuestro corto placismo, se olvida de él, por el cual hemos enfrentado guerras y masacres que nos han procurado un supuesto avance, pero rápidamente ignoramos las consecuencias, los dolores, las injusticias que someten a un hombre cualquiera, el oprimido sobre el cual se construyen los destinos de naciones completas. El progreso tiene un costo que damos por sentado y que decimos asumir, pues es la única forma de producir más y mejor, de hacer historia, de ser “libres” mediante la producción de los bienes necesarios para subsistir, para satisfacer nuestras necesidades siempre crecientes, y así liberarnos alguna vez, en el futuro, cuando todas nuestras “necesidades” materiales estén cubiertas.

Entonces, el sueño de una sociedad o una humanidad libre se centra en el progreso material, técnico inclusive, como meta principal, como el objetivo a través del cual seremos felices, en vez de fijarse en el espíritu, en el alma o conciencia de nosotros y de los demás, en ese avance que nos permite ser más tolerantes, más fraternos, menos temerosos, que aleja la rabia y acerca el amor hacia el prójimo, hacia las circunstancias, que mientras más adversas, mayores desafíos de crecimiento nos plantean. Lo que hoy existe es algo así como una mirada totalizadora de la humanidad, una receta con el mismo sabor para todos, pero que cambia de color de acuerdo al bien material que se anhela como icono de felicidad futura, en contra de una historia del progreso espiritual e individual.

En la *Insoportable Levedad del Ser*, Kundera instala a sus personajes en su República Checa natal y los hace pasar por lo mismo que él experimentó, aquello que también vivió Walter Benjamin, aquella situación apremiante que lo llevó a plantear sus Tesis. Dichas Tesis, que serán analizadas con mayor profundidad más adelante, fueron escritas entre esos acontecimientos y el comienzo de la segunda guerra mundial, provocando en Benjamin un afloramiento de ideas que marcan una visión de la historia bastante peculiar, pero que la mayoría de nosotros reconoceremos fácilmente en el tema de la reconciliación, planteada en Chile como la reparación de los daños, el nunca más, la memoria histórica, etcétera. Incluso la serie *Epopéya*, transmitida por Televisión Nacional de Chile, se construye sobre ideas planteadas tan vehementemente por Benjamin, como es el hecho de que la historia de los vencedores es la que construye el

supuesto progreso, la que se instala en la memoria colectiva, ignorando la historia de los perdedores.

El fascismo europeo, en el que Alemania aportó sus más fieles seguidores, no escatimó recursos para imponer su régimen, pasando a llevar a las personas en sus derechos más básicos. Curiosamente, estas características también definen perfectamente al comunismo del siglo XX, que intentó avanzar aplanando, utilizando al hombre sólo como un instrumento, una pieza más de la maquinaria necesaria para cumplir con sus objetivos. Milan Kundera, con sus obras *La Broma* y *La Insoportable Levedad del Ser*, da ejemplos de sobra al respecto.

El ser humano, más bien, la felicidad de cada individuo, deja de ser el centro de la búsqueda de progreso, porque más importa el sistema político y económico, pues sólo a través de él se puede aspirar a un futuro. El mundo combatió, se derramó sangre, se recurrió a todo para que dichos sistemas no fructificaran. El sistema económico capitalista actual es producto de esta historia de luchas ideológicas, pero ¿por qué hemos fallado en procurar derechos a todos por igual, dónde está el problema?

La historia la escribe el vencedor, ya lo dice Benjamin. ¿Será que la historia, tal como la aprendemos, como se nos enseña en la educación formal, puede estructurarnos de tal forma que nuestro horizonte de progreso sea materialista? Hablo de una estructura de conciencia social, además de individual. Lo planteo como una posibilidad, como una hipótesis, pues intento explorar las raíces de por qué actuamos como lo hacemos. No poseo las herramientas ni es mi objetivo detenerme en esta idea, pero lo dejo como algo que es necesario revisar, pues existen fundamentos no cuestionados que fijan esta conducta mundial de ocultar, de olvidar los costos de nuestro estilo de vida.

Para ilustrar la realidad en la que estamos inmersos, concientes algunos, otros totalmente enajenados e inmersos en sus cápsulas de realidad local, incluiré unos extractos del discurso que dio James D. Wolfensohn, presidente del Grupo del Banco Mundial, frente a la Junta de Gobernadores de 184 países, que según sus propias palabras, tienen la "... responsabilidad de dar muestras de liderazgo y fijar un rumbo claro hacia el desarrollo y la paz". Dicho discurso fue dado en Dubai, el 23 de septiembre de 2003.

“En nuestro mundo de 6.000 millones de habitantes, 1.000 millones poseen el 80% del producto interno bruto (PIB) mundial, mientras que otros 1.000 millones luchan por subsistir con menos de US\$ 1 al día. Este es un mundo falto de equilibrios.

En los próximos 25 años, los países ricos tendrán 50 millones más de habitantes. En los países pobres habrá unos 1.500 millones más de personas. Muchas de ellas experimentarán la pobreza y el desempleo, así como el desencanto de lo que consideran un sistema global sin equidad. Un número cada vez mayor se desplazará a otro país a buscar trabajo. La migración pasará a ser una cuestión crucial para todos nosotros.

También existe un desequilibrio entre lo que los países ricos gastan en asistencia para el desarrollo (US\$ 56.000 millones al año) y la suma que destinan a subvenciones agrícolas (US\$ 300.000 millones) y a gastos de defensa (US\$ 600.000 millones). Los propios países pobres gastan US\$ 200.000 millones en defensa, es decir, más de lo que gastan en educación: otro gran desequilibrio.”

“La situación de África al sur del Sahara, con sus 600 millones de habitantes, será la más desfavorable. El número de personas que vive en la pobreza absoluta aumentará, no disminuirá. Sólo la mitad de los niños africanos terminará la escuela primaria, y uno de cada seis niños morirá antes de cumplir los cinco años, muchos de ellos a causa del SIDA.”

“El hecho es que el nivel de ayuda nunca ha sido tan bajo como lo es hoy. Ha caído del 0,5% del PIB a principios del decenio de 1960 a cerca del 0,22% en la actualidad. Eso ha ocurrido en un momento en que los ingresos de los países desarrollados han sido más altos que nunca.”

“No será posible devolver el equilibrio a nuestro mundo a menos que se realicen esfuerzos serios para lograr que la opinión pública comprenda mejor la importancia de la pobreza y la desigualdad. Mi generación creció creyendo que había dos mundos, el de los ricos y el de los pobres, y que ambos se encontraban en general muy lejanos. No era cierto entonces, y ahora todavía menos.”

“Estamos vinculados de muchas maneras, no sólo por el comercio y las finanzas, sino también por la migración, el medio ambiente, las enfermedades, las drogas, la delincuencia, los conflictos y, por cierto, el terrorismo. Estamos unidos –ricos y pobres– por el deseo común de construir un mundo mejor para nuestros hijos, y por la convicción de que si fracasamos en nuestra parte del planeta, el resto se vuelve vulnerable. Ese es el verdadero significado de la globalización.

Sabemos que son cuestiones internas las que determinan los resultados de las elecciones. Pero son las cuestiones de alcance mundial, y en particular la pobreza, las que configuran el mundo en que vivirán nuestros hijos. Los líderes deben promover el desarrollo; en definitiva, es una cuestión tanto *interna* como internacional.

Tenemos que aprender sobre los demás países y culturas, y respetar sus valores y aspiraciones. Debemos transmitir a nuestros hijos esas enseñanzas sobre el resto del mundo.”

Existen diversas conclusiones que se pueden extraer de los extractos que acabo de incluir. Por una parte, queda patente en cifras la gran concentración de riquezas materiales que produce el sistema económico mundial, pero además se demuestra que, aún cuando los recursos existen para ayudar, esta ayuda no ha aumentado, es más, ha disminuido a más de la mitad en los últimos cuarenta años. ¿Es culpa del sistema económico que la ayuda haya disminuido? ¿De quién es la responsabilidad?

Las cifras duras dan cuenta de una realidad sin rostros, de millones de rostros que dichos líderes no ven, que “no existen” en la práctica de sus gobiernos locales, sin embargo, la fuerte inmigración ha creado graves problemas de seguridad interna en los países desarrollados. El ejemplo más importante del último tiempo está en los graves disturbios ocurridos en Francia, el año 2005, que en su punto más alto reportó 1.295 vehículos incendiados y más de 300 detenidos. Estos conflictos se extendieron luego a otros países europeos, como Bélgica, Dinamarca, Alemania, Grecia, Holanda y Suiza haciendo que la “no existencia”, tanto para los involucrados como para el resto del mundo, que observó a través de las cadenas de noticia, se convirtiese en una ilusión cada vez más difícil de mantener. El gran flujo de inmigrantes es una realidad en los países más ricos y Chile está viendo que su auge económico le comenzará a exigir

mayores recursos para lidiar con aquello. ¿Y cuáles son las medidas inmediatas que se toman en estos países desarrollados, sumideros de la migración de personas pobres, oprimidas por las necesidades más básicas? Gobiernos de derecha más rígidos, como el de Nicolás Sarkozy, quien era el Ministro del Interior de Francia en el momento de los disturbios y que llamó “escoria” a los primeros involucrados en los disturbios. La reacción de estos países desarrollados se expresa en políticas de mano dura ante la delincuencia, mayores gastos en seguridad y defensa y aumento de las barreras de entrada al país. Es decir, sólo medidas locales y de corto plazo. Como para dejar aún más claro que los gobiernos y sus interrelaciones son difícilmente permeados por algo más que el apremio inmediato que aflige a sus electores, para que quede aún más claro que nos domina la mirada corta, miope y egoísta. Lo siguiente lo extraje de Wikipedia, con respecto a los disturbios del año 2005 y me permite ilustrar perfectamente lo que ocurre debido a la inmigración: “Manifestantes declararon a *Associated Press* que los disturbios eran una forma de expresar la frustración por el desempleo y el acoso policial en la zona. Uno de los manifestantes afirmó: “*la gente se ha unido para decir que estamos hartos*”, y agregó “*vivimos en guetos. Todos estamos con miedo*”. Los suburbios en los cuales se produjeron los desmanes albergan una importante proporción de inmigrantes del norte de África, lo cual se dice que contribuyó a las tensiones étnicas y religiosas que muchos creen que pueden provocar hechos similares en el futuro.”

Es un discurso intenso el que dio el presidente del Grupo del Banco Mundial, cuyo sentido ético y moral es innegable, pero que en la práctica mueve a países como Estados Unidos a invertir millones de dólares en la construcción de un muro que impida la inmigración proveniente de México. Por otra parte, se invierten inmensos recursos en “defensa”, en el financiamiento de guerras fuera de sus fronteras que les permitan mantener su “estilo de vida americano”. ¿Es una guerra por defender la democracia o por defender las fuentes de energía fósil que van quedando?

Las cifras son un argumento contundente para quienes combaten el sistema económico actual, pues tal desequilibrio es abismante, es indecente, es intolerable. Pero hay que plantearse algunas preguntas. ¿Es el sistema un ente independiente sobre el cual se desarrolla nuestra existencia y sobre el cual no poseemos ninguna injerencia posible? ¿Están los poderes políticos y económicos de manos atadas ante dicha realidad?

Mi respuesta es negativa en ambos casos, pues las empresas y los gobiernos son dirigidos por personas y las decisiones que ellos, que nosotros tomamos, son las responsables del estado de las cosas. Hay que hacernos cargo de nuestra responsabilidad, pues cuando actuamos no hacemos más que validar el sistema. Porque si no apago las luces que están demás en mi casa o en mi trabajo, entonces me hago parte del mayor consumo energético, formo parte las causas de una excesiva intervención del medio ambiente, necesaria para sostener dicho consumo, y las consecuencias que esto trae consigo a nivel local a las personas. También fomento la necesidad del gobierno de crecer en términos económicos para poder atraer inversión extranjera y así financiar nuevas fuentes energéticas y fomento la importación de petróleo para suplir el déficit existente y mantengo rodando el sistema de consumo que transforma todo, pues depredamos, atosigamos a nuestro mundo para seguir consumiendo.

A modo ilustrativo, quiero mostrar algunas cifras que expresan el excesivo crecimiento del consumo y la pésima distribución del agua en Chile y el mundo.

El consumo promedio de agua en Chile es de 288 litros/habitante/día, sin embargo, al observar la distribución del consumo por comunas, es posible observar un patrón alarmante: en Vitacura se utiliza un promedio de 868 litros/habitante/día, en La Reina el promedio es de 577 litros/habitante/día, en Pudahuel es de 206 litros/habitante/día y en Lo Espejo este consumo llega a sólo 197 litros/habitante/día. A nivel mundial observamos que en Europa el consumo promedio es de 150 litros/habitante/día, mientras que en India es de tan sólo 25 litros/habitante/día. Lo irónico de lo anterior es que la cantidad de agua superficial disponible en Asia es, al menos, cuatro veces mayor que en Europa, sin embargo, los recursos que posee la región para construir y mantener redes de distribución y tratamiento del recurso hídrico son varias veces menores, lo cual explica en parte la diferencia en el consumo. Si a lo anterior agregamos que, a nivel mundial, el consumo de agua dulce ha aumentado seis veces entre 1900 y 1995, mientras que la población sólo ha crecido a la mitad de dicho ritmo (Fuente: FAO), entonces queda claro que la tendencia expansiva y la pésima distribución del recurso traerá aún más problemas en el futuro, especialmente para la población más pobre, tanto en los países desarrollados como en los del tercer mundo, donde la escasez provocará inevitablemente la muerte de millones de personas. Lo anterior no es una exageración,

ya que actualmente nos encontramos con que mueren en el mundo 10 millones de personas al año, de las cuales la mitad tiene menos de 18 años, por causa de dolencias que serían evitadas si el agua fuese tratada.

Es evidente que este elemento resulta esencial para la vida en el planeta, incluida la humana, pero además lo es para el crecimiento económico de los países, pues de él dependen la agricultura, la industria y la generación de energía, dentro de sus principales usos. Dada esta posición vital del agua en nuestro mundo, se espera que en el futuro los conflictos sean por este recurso.

Tal vez el sistema económico sea transitorio, tal vez sea diferente en el futuro, pero para producir cambios debemos tomar conciencia ahora, nuestros hijos deben tomar conciencia de que sus actos, por pequeños que sean, producen consecuencias. Sobre lo mismo se puede retomar lo que mencioné sobre los derechos humanos, considerando lo que el señor Wolfensohn señaló acerca de la pobreza y desigualdad.

Tales cifras, tan terrible realidad parece confirmar el hecho de que el poder económico y político es uno sólo, pues aunque en cada país se encuentre separado, esto es únicamente nominal y no se aplica a nivel mundial, y que su posesión, la del poder, permite concretar un liderazgo, entrega cierta responsabilidad, cierta validez cuando un país “líder” ataca a otro en pos de la defensa de la libertad, en pos de la humanidad, como si dicho poder, dicha “riqueza”, también implicara tener cierta visión superior sobre los valores, sobre lo que es correcto, sobre quien está bien y quien está mal. En ese sentido, puedo ejemplificar mis palabras con la cultura estado unidense, que está formada sobre la tradición calvinista de la predestinación, en que el poder económico es sinónimo de gracia divina, que los convierte en los elegidos de la bienaventuranza, de la defensa de los valores de libertad y democracia. ¿Libertad y democracia para todos o sólo para dicho pueblo elegido? Las cifras contestan por si solas.

Entonces, resulta inevitable anexar a dicho poder la facultad de distribuir derechos humanos, de administrarlos, de conferirlos y quitarlos según sea la necesidad, como si estos no fueran un derecho realmente, sino algo que se debe ganar a fuerza de progreso económico, a fuerza de progreso técnico. A cualquier costo.

La lucha por la igualdad y la dignidad se transforma en una lucha por ser parte activa y efectiva del sistema, fomentando el progreso como única vía de superación, como la única manera de tener derechos efectivos, pues si soy vencedor, si juego y gano con las reglas del juego, entonces puedo llegar a proponer e imponer mis propias reglas, en beneficio local y de corto plazo para mis electores y mis aspiraciones altruistas de bien común, pero que finalmente son sólo de corto alcance, espacial y temporal.

Sin duda se hace imperiosa la necesidad de equidad, pues no es posible crecer interiormente si estoy hambriento, si mis seres amados son discriminados y vulnerados en sus derechos. Es evidente que se confunda la búsqueda de la felicidad a través de la obtención de poder, de riquezas materiales, pues la felicidad efectiva del espíritu puede ser construida únicamente sobre una base de dignidad e igualdad.

Sin embargo, persisto en mi intención de separar, pues es necesario entender que la felicidad tiene dos dimensiones: una colectiva y otra personal. Aún más, la felicidad colectiva y la individual tienen la misma esencia, pero deben ser abordadas de manera diferente, pues mientras por una parte puedo buscar el autoconocimiento, los valores de humanidad fraterna y equitativa que me permiten relacionarme con mi prójimo, por otro lado, debo fomentar la lucha por los derechos humanos, por la igualdad a nivel mundial, lo que se logra utilizando bienes materiales, pero sólo como instrumento y no como fin. En ninguna de ambas dimensiones debemos considerar el progreso económico como el fin, pues mientras en la dimensión colectiva es un medio efectivo para distribuir igualdad de derechos, en el ámbito individual sólo permite procurar sustento vital, mas no sustento espiritual. El poder económico no me hará respetar la vida ni la diversidad, no me hará más tolerante, no eliminará mis miedos. Todo está tan íntimamente entrelazado que resulta difícil hacer la separación.

¿Cómo salir de este encierro, de este círculo en el cual el sistema se alimenta a si mismo? Creo que un camino posible es cambiar la forma en que nuestros hijos aprenden historia, así como ciertos contenidos de esta. En Chile, la historia se imparte en los colegios como un rosario de acontecimientos, con fechas, con personajes, como si dicha historia no sirviera para más que “cultura general”. Mi propuesta es sencilla, sin grandes pretensiones, pues comprendo que la inercia del sistema es tan enorme que no es posible

un cambio de dirección sin aplicar una fuerza proporcional. Las revoluciones de gran fuerza en poco tiempo no son el camino. Hay que empezar desde abajo y lentamente.

¿Por qué, si recordamos Auschwitz, tenemos Guantánamo frente a nuestras narices? Tenemos marginalidad en nuestras ciudades, donde la ley es impartida por bandas de narcotraficantes y delincuentes, donde los derechos humanos de quienes viven ahí son vulnerados todos los días, pues hay impunidad ante toda clase de delitos, familias de escasos recursos deben permitir que sus hijos trabajen, no se puede caminar por la calle sin sentir miedo de que te asalten o te hagan daño. Entonces, me pregunto yo, ¿Fue Colonia Dignidad en vano?

El pasado menospreciado, aquel día y lugar, como un dato anecdótico de los libros, nos persigue y nos escupe nuestros errores en la cara, pero lo más triste de todo es que nos miramos la cara unos a otros, espantados, sorprendidos, pues no comprendemos por qué el progreso no ha aliviado nuestros dolores y culpamos al gobierno, culpamos al delincuente, a los pacos, al calentamiento global. Y la culpa es nuestra, de cada individuo, porque hemos olvidado nuestra responsabilidad, la hemos menospreciado suponiendo que nuestro aporte se diluye en el universo de los acontecimientos. La piedra está ahí y nos tropezamos todos los días, en una especie de eterno retorno sobre el río de Heráclito.

Quisiera incorporar a mi análisis algunas ideas sobre algunos extractos del libro “Medianoche en la Historia”, donde se analiza la obra de Walter Benjamin, específicamente las tesis “Sobre el concepto de historia”. Esta obra analiza la visión de Benjamin, la cual fue escrita en los años previos al desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial.

El pensar de Benjamin se centra en el hombre, pues piensa como Marx en que este es la raíz de todo, de lo esencial. Esta obra (Las Tesis) es fragmentaria porque en la realidad que observa se topa con desechos, es decir, no es que trabaje con fragmentos, sino que trabaja en un mundo que genera desechos, por lo que la obra no hace más que responder a esta situación. De esta forma, “el trapero”, dice Benjamin, es la figura más provocadora de la miseria humana.

El sujeto benjaminiano es central por su debilidad. Es el que sufre y es oprimido, pero que lucha, protesta. Su plus cognitivo es una mirada cargada de experiencia y proyectada sobre la realidad que habitamos todos. Esta mirada permite denunciar el estado de excepción constante en que viven algunos. Para Benjamin, el pasado está vivo y el presente depende no sólo de la historia que fue escrita, la de los triunfadores, sino que la de aquellos llamados perdedores, cuya historia se hace tanto o más importante para nuestro presente. Benjamin critica que demos por hecho una sola y verdadera historia, que sólo el pasado de los vencedores tiene futuro, pues sobre él se construyó nuestra sociedad actual.

Los siguientes extractos son del libro “Medianoche en la Historia” y entregan una visión general de la obra de Benjamin, pues las conclusiones del libro son en base a la visión que poseía este judío alemán sobre la memoria y su papel en la búsqueda de un pasado que ilumine este presente oscuro y apremiante, donde el peligro ronda debido al olvido.

“Ni la multiplicación del estado social de Derecho, ni el avance de la democracia liberal, ni el prestigio del discurso sobre los derechos humanos, ni el crecimiento de la riqueza mundial por obra y gracia de la globalización económica han conseguido mandar al desván de las pesadillas la contundente afirmación de la tesis VIII, a saber, que todos *esos progresos se hacen sobre las espaldas de una parte de la humanidad*. Y si no hay derecho para unos, aunque fueran pocos, que no lo son, la justicia del derecho queda en entredicho. Lo cierto es que el derecho se suspende a voluntad de los poderosos, las guerras producen muertos y la riqueza, miseria”.

“Si los muertos (perdedores) no importan, entonces la felicidad no es cosa del hombre, sino de superviviente. Si importa la vida de todos, entonces relacionaremos la vida frustrada de los muertos con los intereses de los vivos, negándonos a un proyecto que supusiera el desprecio a los caídos. Cuando damos el paso de olvidar la muerte, perpetramos un crimen hermenéutico que se suma al crimen físico. Nada impide entonces que apliquemos a la vida individual o colectiva el principio darwinista de que el sentido lo encarnan y lo señalan los mejores o más fuertes (...) Si, pese a ese nuevo imperativo categórico –“reorientar el pensamiento y la acción para que Auschwitz no se repita”- los genocidios, las dictaduras y la injusticia social se han repetido (...) ¿será

que no basta la memoria o porque no hemos recordado bien? Estas Tesis (...) vienen a decir que no hemos tomado en serio la memoria”.

Veamos que aparece a partir de las figuras desesperadas que usa Benjamin:

“El flaneur es un paseante que puebla las grandes ciudades europeas del siglo XIX en las que ha irrumpido la técnica (...) Todos nosotros nos hemos convertido en paseantes de los grandes almacenes donde (...) admiramos mercancías que al no poder comprarlas convertimos (...) en modelos de nuestros sueños (...) Hemos perdido el paseo relajado (...) y nos hemos convertido en compradores compulsivos; hemos abandonado la distancia del observador ante la mercancía (como el flaneur) y elevado el escaparate a santuario de nuestros sueños e ideales de vida. El tiempo libre que ha podido traer la máquina al liberar al hombre de buena parte de su esfuerzo, en vez de ser tiempo de ocio es de consumo. Esas figuras del pasado le sirven a Benjamin para iluminar el presente.”

“El traperero se lleva lo que la cultura desecha, y entre los desechos a veces se encuentran paños tan valiosos como el humanismo, la subjetividad o la hondura”. Este personaje no recicla los desechos, sino que los despierta a una vida nueva, “como hacían los surrealistas con esos mismos materiales.”

En su crítica a la ciencia y la técnica, no la desprecia como lo haría un romántico o un conservador, más bien la aplaude, sin embargo, le da un nuevo sentido al significado de esta, más que a su eficacia. “La técnica moderna tiene algo que no tenía la producción industrial. Hay un cambio sustancial en el carácter de la mercancía. Y para apreciarlo no tenemos que ir a la fábrica sino a los escaparates. La diferencia se aprecia (...) en el consumo. Por ejemplo, un auto ya no vale por el servicio que presta ni por lo que se pagó, sino por el prestigio que representa.” Resumiendo algunos conceptos, “Tenemos (...) que ahora la mercancía se ha hecho autónoma, convirtiéndose en el sueño o ideal de esta sociedad...”. Finalmente, se concluye que “El proyecto benjaminiano busca la identificación de los sueños de nuestro tiempo: lo que les da vida y lo que los frustra. Los sueños que le animan de hecho son los de los escaparates. Pero esos sólo acarrear la frustración del sueño verdadero, el sueño de felicidad a cuyo servicio quiso ponerse la técnica en sus inicios”

Con respecto al progreso, Benjamin lo relaciona con el fascismo, ya que ambos tienen en común que desprecian el costo humano y social que lleva consigo su realización. En el fondo se pagan resignadamente los costos, pues es evidente que toda iniciativa para alcanzar un objetivo los tiene. La visión progresista de la historia (el objeto principal de su crítica) es que el progreso se produce gracias a los triunfos y los triunfadores, pues ser triunfador es señal de ser el mejor, quien civiliza a los bárbaros, quien potencia las habilidades latentes del hombre. Lo grave de esta visión “no es tanto que produzca víctimas sino que las justifique y, por tanto, que las reproduzca indefinidamente.” No está de acuerdo con ese progreso que menosprecia los costos de vidas humanas sobre el cual se construye. Para ilustrar, un ejemplo: se asume que cada fin de semana largo en el país, especialmente el de fiestas patrias o de año nuevo, que involucra altas ingestas de alcohol, producirá muertes en accidentes de tránsito. Las campañas publicitarias de cierta bebida alcohólica fomentan “el pasar las llaves”, la conducción responsable si se va a beber en torno a bellas mujeres y amigos divertidos y risueños, pero los noticieros dedican sus informes al flujo vehicular, a la cantidad de horas de retraso, a los tacos en la carretera, al número de vehículos que entran y salen de la capital. Sólo este año, debido a campañas del gobierno, se ha puesto mayor énfasis al tema de las muertes y se han endurecido las penas por manejo en estado de ebriedad. “El gran problema de la mentalidad progresista es no saber ubicar la sorpresa en el lugar preciso (...) El mal del progreso es el olvido. Para construir hay que mirar hacia delante, decían después de la segunda guerra mundial.”

“No habría que pasar por alto la novedad del progreso en tiempo de globalización (...) Si hubo un tiempo en que el progreso se nutría, en el proceso de creación de riquezas, de la explotación de los trabajadores, de la conversión de negros africanos en esclavos o de la opresión de los pobres, hoy ya no necesita de ellos (...) todo aquel que no forme parte de la cadena de producción de riqueza (...) está demás (...) es un estorbo”. Esto último se está aplicando en aquellos países desarrollados que han sacado sus procesos productivos del país hacia otros, donde la opresión es parte del sistema, pues eso ya es problema de aquellos países. El olvido se produce por un alejamiento de la realidad que involucra la producción de tal automóvil o de tal calzado deportivo.

La historia de los oprimidos debería ser el tema central, pues sobre ellos se levanta nuestro estilo de vida. No es irrelevante establecer un tratado de libre comercio con cualquier país, pues este hecho sólo permite avalar que en dichos países se produzcan bienes a costa de personas que son maltratadas y vulneradas en sus derechos. Chile desea incorporarse a la comisión de derechos humanos de la ONU, pero no tiene claro de qué forma sus actos, sus decisiones, son contradictorias con aquello que pretende cuidar y fomentar. Sus ciudadanos tampoco son concientes, porque para ello hay que investigar, leer mucho y de diversas fuentes, para conocer al menos, porque dicho conocimiento no es el oficial, no es el que se nos enseña en la educación formal, no está en los libros que “debemos” leer y tampoco lo saben nuestros padres, los principales responsables de nuestra educación. La gran masa de personas que sigue la inercia es el problema que se debe combatir si se quiere lograr más respeto por lo derechos del prójimo, no sólo del conciudadano, sino de aquellos que son humanos, igual que nosotros, pero que están más lejos de lo que nuestros ojos pueden ver.

Los Estados ya no son lo que eran, pues pasaron de ser vigilantes a vigilados por los medios de comunicación. Cada vez toman mayor fuerza las agrupaciones civiles que se preocupan de temas sensibles para las personas y que han sido dejados de lado por los gobiernos, quienes se preocupan de mantener un marco de acción sostenible para el sistema financiero, lo que también involucra un servicio social que mantenga la estabilidad y calidad de vida suficiente para que el trabajo se efectúe correctamente. Al pensar en organizaciones, como los gobiernos, las empresas, los sindicatos, etc. debemos eliminar la forma humana que les asignamos inconscientemente. Estos organismos no piensan, no tienen sentimientos, no son racionales. Simplemente tienen objetivos por cumplir, tienen una labor, un marco de acción. Únicamente sus integrantes son personas, son los oídos, son los encargados de administrar los recursos para que dichos objetivos se cumplan.

Los gobiernos se preocupan del estado de derecho sobre el cual se desarrolla la actividad de los demás entes que lo conforman. Para ello deben proporcionar seguridad, salud y educación a los ciudadanos que los conforman. Mayores niveles y calidad de cada cosa estarán de la mano con las demandas y formas de presión que los interesados establezcan, pues nunca será misión del gobierno saber y proporcionar lo que los ciudadanos requieren sin que estos, antes, no lo demanden. Por ejemplo, los recursos

que Chile invierte en educación son todavía muy bajos y la prioridad de ésta en la hoja de ruta del gobierno de Bachelet no estaba dentro de los primeros lugares hasta que los estudiantes secundarios salieron a protestar a las calles, el año 2006, en cantidad y tiempo suficientes como para ser acogidos por los medios de comunicación y presionar al gobierno para discutir y modificar la ley. El gobierno no cambiará sus prioridades unilateralmente si no observa que eso es lo que demandan sus ciudadanos, pues no es su labor preguntar lo que desea la gente.

Tampoco es su labor cuidar el medio ambiente, proteger a las minorías, etc., a menos que cualquiera de estos puntos pongan en riesgo el estado de derecho, directa o indirectamente. Por ejemplo, si el tema del calentamiento global se vuelve una realidad patente, grande será la escasez de agua y aún más el peligro de conflictos por dicho recurso. La ley es incapaz de lidiar con un escenario que no es evidente, que no existe, al menos formalmente dentro de ella, por lo cual el gobierno deberá realizar acciones que vayan en la dirección de administrar más eficientemente dichos recursos y cuidar lo que existe, pero no porque su labor sea proteger el medio ambiente, sino porque alteraciones de éste no están dentro del marco legal que es su misión establecer y cuidar para el correcto funcionamiento del “sistema”. Llenar esos vacíos sí es su misión.

Es misión de los ciudadanos establecer las prioridades, definir lo que es importante, lo que es prioritario. Los contenidos que se imparten en los colegios no vendrán de ellos, sino de la demanda que establezcan los “consumidores” de educación, pues la labor de ellos no es saber que impartir, sino hacerlo simplemente.

Actualmente son las ONGs y otras agrupaciones civiles las encargadas de velar por aquellos temas que involucran a las personas, su calidad de vida, sus necesidades o las de pequeños grupos, como las minorías sexuales. Las formas en que actúan son por medio de la acción directa, como el asistencialismo, la protesta y el panfleto, o indirectamente, mediante la educación, el lobby, etc.

En Latinoamérica aún estamos sumergidos en una cultura paternalista, donde es el Estado el depositario de todas nuestras exigencias, pero de forma pasiva, de franca espera, la que es concluida cuando se desatan hechos de violencia, pero con escasa o

nula propuesta, sin medios colectivos que ejerzan presión de forma adecuada, propositiva y no violenta.

Los recursos son escasos y la mayoría de los financiamientos a ONGs vienen del extranjero, por lo cual el alcance de estas agrupaciones es limitado y muchas veces desconocido. Cabe recordar las cifras de ayuda internacional de los países desarrollados a las naciones más pobres, en las cuales se observa la falta de compromiso con la realidad que nos contiene. No sólo lidiamos con la falta de recursos humanos para organizarnos, sino que los recursos materiales son escatimados por aquellos que los poseen.

Es un camino largo el que nos espera, porque aún estamos lejos de tomar conciencia, así lo indican las cifras. Existen barreras invisibles que no nos permiten avanzar en la dirección de una humanidad espiritualmente más avanzada. Mi propuesta es un cambio de mirada personal para lograr una transformación colectiva, es un pequeño paso cuyos resultados son a largo plazo, porque cualquier cambio en esta dirección apunta a progresos que veremos en una o dos generaciones más adelante, por lo tanto, mientras antes se comience, más pronto evitaremos depredar nuestros recursos, más pronto evitaremos guerras por energía o agua, más pronto se evitarán dolores y muertes de personas en las zonas más vulnerables del planeta.